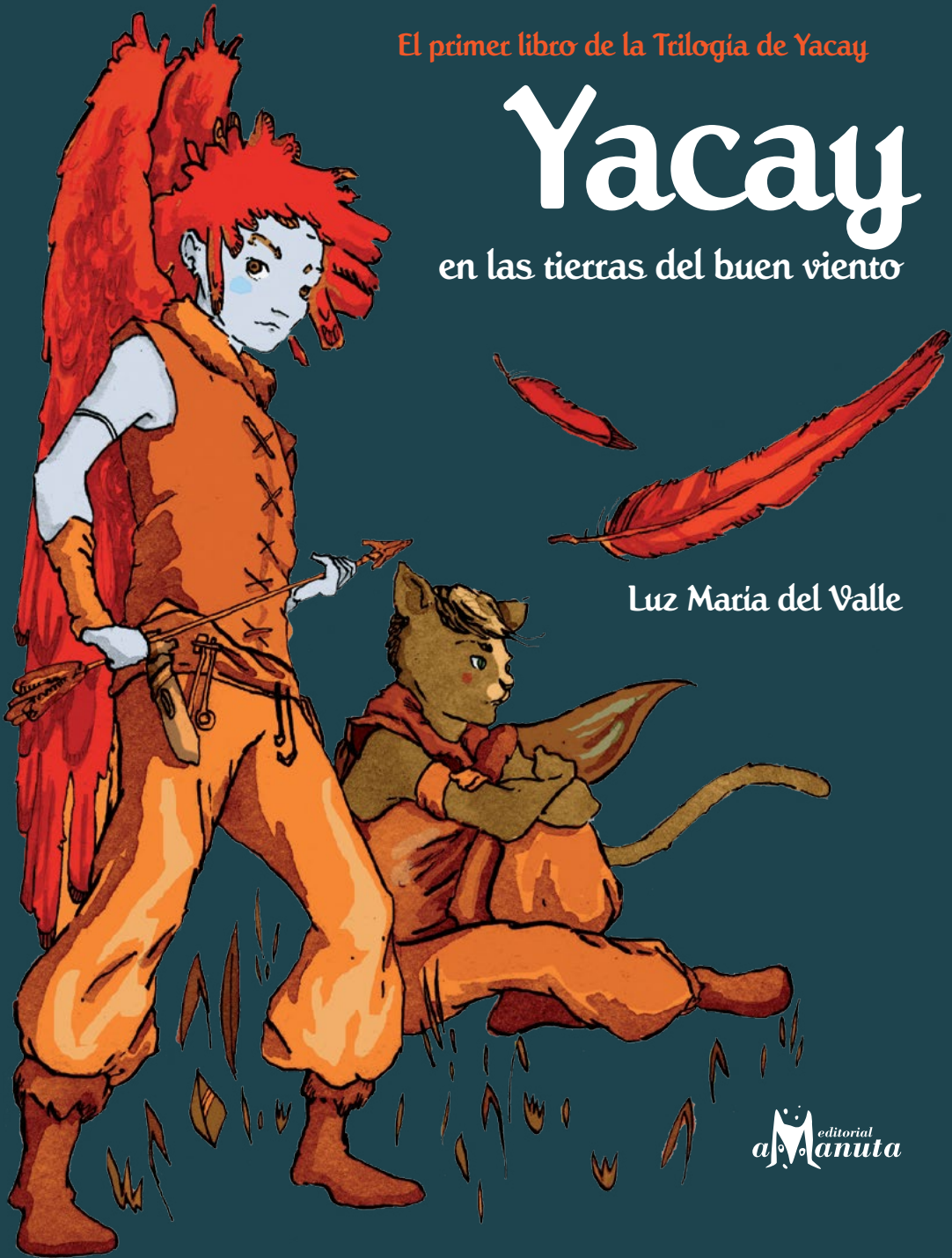


El primer libro de la Trilogía de Yacay

# Yacay

en las tierras del buen viento

Luz María del Valle





# Yacay

## en las tierras del buen viento

Luz María del Valle

Ilustraciones de Francesca Mencarini



editorial amanuta

YACAY EN LAS TIERRAS DEL BUEN VIENTO

Colección Niños con Cuento

© del texto: Luz María del Valle, 2008

© de esta edición: Editorial Amanuta Limitada, 2016

Santiago, Chile

[www.amanuta.cl](http://www.amanuta.cl)

Ilustraciones: Francesca Mencarini

Diseño y diagramación: Philippe Petitpas

Dirección de arte: Carolina Muñoz

Edición general: Ana María Pavez y Constanza Recart

Edición de texto: Nibaldo Mosciatti

Quinta edición: noviembre 2016

N° registro: 171.210

ISBN: 978-956-8209-39-1

Impreso en Chile

Editorial Amanuta

Todos los derechos reservados

del Valle, Luz María.

Yacay en las tierras del buen viento / Luz María del Valle.

Ilustraciones de Francesca Mencarini.

5° ed. - Santiago: Amanuta, 2016.

[158 p.]: il. 20 x 15 cm. (colección Niños con Cuento).

ISBN: 978-956-8209-39-1

1. CUENTOS INFANTILES CHILENOS

Mencarini, Francesca, il.

# Yacay

en las tierras del buen viento



editorial amanuta  
COLECCIÓN NIÑOS CON CUENTO



*Para Santi*





# Índice

1. Los Volocordos.....	9
2. Las herramientas de Yacay.....	17
3. No hay nada que hacer.....	31
4. Los Maullianos.....	35
5. El Príncipe Imiu.....	43
6. La fábrica de armas.....	53
7. La flecha de alarma.....	63
8. Los Guácaros.....	73
9. En busca de los Volocordos.....	99
10. Una carrera desesperada.....	115
11. La batalla de las trampas.....	123
12. Guácaros en el Gran Bosque.....	135
13. El adiós y el río nuevo.....	147



## 1. Los Volocordos

**N**o existen ni existirán jamás árboles tan grandes como los que crecen en la tierra de los volocordos. Ellos la llaman el Gran Bosque y es una tierra de hermosas flores y ricas frutas, de ardillas, conejos y zorros que juegan en las raíces gigantes y pájaros que revolotean entre las inmensas ramas de hojas plateadas. Pero no solo las aves vuelan en el Gran Bosque. Otros seres más rápidos y mucho, pero mucho más grandes que los pájaros, baten ahí sus alas poderosas. Ellos son los dueños del lugar y pueden hacer lo que todos soñamos alguna vez: volar.

Los volocordos son muy parecidos a los seres humanos, porque tienen piernas, brazos, manos, pies, ojos, nariz y boca; ganas de jugar cuando son niños y ganas de tranquilidad cuando son viejos; sueños de grandes hazañas cuando son jóvenes y, a todas las edades, un montón de historias que contar.

Sin embargo, los volocordos son bien diferentes de los seres humanos en otras cosas. Tienen en la espalda unas enormes alas con plumas suaves y fuertes de vivos colores. También tienen plumas en la cabeza, en el mismo lugar que ocupa lo que los humanos llaman “pelo” o “cabello”. Un volocordo siempre tiene las plumas de la cabeza del mismo color que las de las alas.

Antiguamente los volocordos del Gran Bosque tenían la piel de color azul. Pero cuentan que después llegaron del este otros volocordos blancos y año tras año fueron naciendo más niños con la piel celeste, mezcla de volocordos blancos y volocordos azules.

En el tiempo en que ocurrió lo que ahora voy a

contar, solo quedaba un volocordo azul. Era el más anciano del bosque. Ya casi no tenía voz y hacía muchos años que no salía a volar ni siquiera para dar paseos. Vol Raico, como le decían todos, era un viejo muy cascarrabias y los niños le tenían terror, porque cuando jugaban cerca de su casa y hacían mucho ruido, salía a la ventana y les tiraba lo primero que encontraba a mano. Más de alguno terminó con un buen chichón.

Sin embargo, la gente respetaba mucho al viejo Raico, porque era el único que recordaba al pie de la letra las antiguas leyendas. Siempre anunciaba que un día iba a nacer un hijo de reyes que sería capaz de dominar a los maullianos, los hombres-gato, que eran los eternos enemigos de los volocordos. A ese gran Hijo de Reyes lo iban a reconocer todos porque volaría más alto que ningún volocordo jamás conocido.

Desgraciadamente, el único hijo que tenían los reyes parecía ser todo lo contrario del fabuloso personaje que todos esperaban.

Yacay nació una noche tormentosa. La reina Nira estaba muy orgullosa de su bebé porque tenía los ojos dorados como fuego ardiente y las plumas de su cabeza y sus alas eran tan rojas como las del rey. Se veía que iba a ser un muchacho fuerte y sano. El rey Coron esperaba impaciente que dejara de llover, para que todos los volocordos estuvieran presentes en el momento en que lo lanzaran desde la rama hacia abajo.

A la mañana siguiente salió el sol y todos los habitantes del Gran Bosque revoloteaban ansiosos alrededor de la rama de los reyes. Pronto salió el rey con el bebé en los brazos y todos saludaron al unísono: “¡Buen viento, Vol Coron!”, como era costumbre saludar a los volocordos más respetados.

Entonces el rey extendió sus brazos sujetando al bebé y el pequeño se puso a llorar de terror. Coron exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

–Buen viento acoja siempre tus alas, Yacay, hijo mío.

–Buen viento siempre, Yacay –respondieron todos mientras el rey soltaba al bebé y lo dejaba caer al vacío.

Cayó y cayó el pobre Yacay a la velocidad del rayo ante la sorpresa de los presentes, que esperaban ansiosos a que abriera sus alas. Tan sorprendidos estaban que no parecieron comprender que solo quedaban unos metros para que el bebé se estrellara en el suelo. Entonces su madre, con un fabuloso salto en picada, lo atrapó casi a ras de suelo y voló velozmente hacia la rama donde todos aguardaban, aún conteniendo la respiración.

La reina Nira, después de mirar severamente a todos los que se habían quedado sin hacer nada, abrazó con fuerza a su hijo y entró en la casa real, sin pronunciar una palabra. El rey abrió la boca para decir algo, pero los presentes, por cariño y respeto, quisieron ahorrarle el problema y, cabizbajos, se fueron retirando en silencio hacia sus casas en otras ramas.





–¡Qué lástima! –dijo el viejo Raico esa noche, mirando las estrellas– yo pensé que viviría para ver al Gran Hijo de Reyes, pero estoy muy viejo ya como para esperar a que nazca otro más. Este pequeño ni siquiera puede volar. Pobrecito, su vida va a ser muy difícil aquí.